

pañña (1), que le conoció en Paris, que como él trataba de oracion y la enseñaba y persuadia á otros, preguntábanle algunos cómo le iba en la oracion, y dijo que él mismo se lo habia preguntado, y respondia nuestro Padre: «eso no diré yo, sino lo que á vos os conviene, porque esto es caridad y necesidad, y esotro vanidad.» Y del bienaventurado San Francisco leemos que era tan recatado en esta parte, que no solo no se atrevia á descubrir á otros los favores y regalos que Dios le hacia, sino que cuando salia de la oracion usaba de tal disimulacion y templanza, asi en sus palabras como en toda la compostura de su cuerpo, que no se pudiese echar de ver lo que traia dentro del corazon.

Lo tercero, no nos habemos de contentar con no decir palabra que pueda redundar en nuestro loor, sino habemos de pasar adelante y procurar cuanto pudiéremos el secreto de las buenas obras que hacemos, conforme á lo que Cristo nuestro Redentor nos dice en el Sagrado Evangelio: «Cuando orarédes, entraos en vuestro aposento, y cerrada la puerta, orad allá en secreto á vuestro Padre Celestial. Y cuando hiciéredes limosna, no sepa la mano izquierda lo que hiciere la mano derecha (2).» Como si dijera, si fuese posible, vos mismo no lo habiades de saber. Y cuando ayunáredes ó hiciéredes penitencia, procurad mostrar entonces mas alegría y contento, porque no entiendan los hombres que ayunais: «Ungid vuestra cabeza, lavad vuestro rostro, poneos de fiesta (3);» porque en aquella provincia de Palestina, dice S. Gerónimo;

(1) P. N. Ignat. Dominus Ferdinand. Tric. Episcop. Auriensis et postea Salmaticens.  
 (2) Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito, et Pater tuus qui videt in abscondito, reddet tibi. *Matth. VI, 6.*  
 (3) Tu autem cum jejunas unge caput tuum, et faciem tuam lava, ne videaris hominibus jejunans. *Matth. VI, 17.*

que en las fiestas usaban ungiarse las cabezas. Es muy grande la sutileza de este vicio, y por eso el Redentor del mundo nos encomienda tanto que nos guardemos y escondamos de él, haciendo nuestras obras en secreto para que no las perdamos ni nos las robe este ladron de la vanagloria, porque este es el remedio de los que caminan, dice San Gregorio, esconder los dineros que llevan, porque si los descubren y muestran los espíara el ladron y los robará. Y trae á este propósito aquello que le aconteció al rey Ezequias, que porque mostró los tesoros de su casa á los embajadores del rey de Babilonia, se los robaron despues todos y los llevaron á Babilonia (1). Suelen tambien traer á este propósito la comparacion de la gallina que, en poniendo el huevo, luego cacarea y asi le pierde. De esa manera les acontece á los que en haciendo la buena obra luego desean ser vistos, y aun por ventura dicen palabras que huelen á eso.

El verdadero siervo de Dios, dice San Gregorio (2), está tan lejos de esto que no se contenta de permanecer en lo que pudo ser conocido, porque de eso ya le parece que le es hecha remuneracion, sino procura añadir otras cosas que no sean sabidas de los hombres. Cuenta San Gerónimo de San Hilarion, que viendo que le seguia tanta gente, y que le estimaban todos en mucho por los muchos milagros que hacia, andaba muy triste y llorando cada dia. Preguntándole sus discípulos la causa de su lloro y tristeza, respondia el Santo: «páreceme que me paga Dios en esta vida lo que le sirvo en estar tan estimado de los hombres.» Esta es otra razon y otro medio muy bueno de que nos podemos ayudar contra este vicio. Guardaos, no deseéis ser tenido y

(1) *IV. Reg. XX, 17.*  
 (2) Jam enim de bonis suis quasi retributionem sibi factam aestimat, nisi eis, et alia, quae ab hominibus nesciuntur, adjungat. *Greg. lib. XXII. Mor. cap. 9.*

estimado de los hombres, no sea que os pague Dios con eso, si algun bien por ventura habeis hecho en esta vida, que lo suele hacer asi, como él mismo lo dijo á aquel rico avariento: «Hijo, acuérdate que recibiste el galardón en tu vida (1).» Esta es tambien una de las causas por que aconsejan los Santos el quitar singularidades y extremos; porque esas cosas, como son desacostumbradas son muy notadas y dan que pensar y que decir á muchos: «Al que hace lo que nadie, lo miran todos (2).» Y suelen estas cosas criar un espíritu de vanagloria y soberbia, y de alli suele nacer un menosprecio de los otros.

Pero porque no podemos siempre esconder nuestras buenas obras, especialmente los que tenemos oficio de ayudar con ellas á los prójimos, sea el quinto remedio, que procuremos en ellas rectificar nuestra intencion, levantando el corazon á Dios, ofreciendo y enderezando á él todos nuestros pensamientos, palabras y obras, como diremos luego, y despues cuando venga la vanagloria, dice el P. Maestro Avila (3), decidle: «tarde venis, que ya está dado á Dios.» Es tambien muy bueno responder aquello que respondió San Bernardo cuando predicando se le ofreció: «¡oh! qué bien lo haces.» «Ni por tí lo comencé, ni por tí lo dejaré (4).» No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria, que seria ese engaño grande, sino habemos de tapar las orejas y hacernos sordos á las alabanzas de los hombres no haciendo caso de ellas. Dice San Crisóstomo (5), que nos habemos de haber con el mundo como un padre con

(1) Fili, recordare, quia recepisti bona in vita tua. *Luc. XVI, 25.*  
 (2) Qui facit quae nemo, mirantur omnes. *Gerson. et Guill. Parisiensis.*  
 (3) M. Avila, tom. II, *Epist. fol. 59.*  
 (4) Nec propter te coepi, nec propter te desinam. *Bernard. in vita insius.*  
 (5) Chrysost. *lib. 4 de Saecrdotio,*

su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tan poco; antes serie, porque es niño y no sabe lo que hace ni lo que dice. Asi nosotros no habemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán; porque en eso el mundo es como niño que no sabe lo que dice. Y aun mas decia aquel Apóstol de las Indias Orientales, el P. S. Francisco Javier (1), que quien atentamente considerase sus faltas y pecados y lo que verdaderamente es delante de Dios, pensaria, cuando los hombres le alaban, que hacian burla de él, y tendrialas por verdaderas afrentas.

Concluyamos con esto, y sea el último remedio este del propio conocimiento que es el propio contra la vanagloria. Si cabásemos y hondásemos en esto, entenderiamos bien que no hay de que nos venga vanagloria, sino mucho de que confundirnos y humillarnos, porque estamos muy llenos de culpas. Y no solamente mirando á nuestros males y pecados, sino mirando á las obras que á nosotros nos parecen muy buenas y muy justas; si bien las consideramos y examinamos, hallaremos comunmente harta ocasion y materia para humillarnos y quedar confundidos y avergonzados. Y asi dice San Gregorio (2) y repite muchas veces esta sentencia: «Toda nuestra humana justicia, lo que nosotros comunmente tenemos y hacemos de nuestra parte, puesto en el contraste de la justicia de Dios, si con rigor y sin misericordia se hubiese de juzgar, se venceria ser injusticia; y de donde pensábamos haber premio y galardón, de eso

(1) *Lib. 6, c. 13 vitae S. P. Franc. Xavier.*  
 (2) Omnis humana justitia injustitia esse convincitur, si districte judicetur, si enim remota pietate discutitur, opus nostrum poena dignum est, quod remunerari praemiis praestolamur. *Greg. lib. 9. Mor. c. 11 ut saepe, inquit, dicitur; et lib. 17, cap. 10; et lib. 9, Mor. 2, 18.*

mismo merecemos muchas veces pena y castigo. Y así el Santo Job decía (1) que se recelaba y andaba con mucho temor y recato en todas sus obras por las culpas y defectos que se suelen mezclar en ellas cuando uno no anda muy sobre aviso velando sobre sí. Pues según esto, ¿de qué nos ensoberbecemos y engreimos? ¿De qué nos viene vanagloria, viendo que si con atención nos examinamos y nos tomamos cuenta á la noche, qué tal ha sido aquel día, hallaremos en nosotros una profundidad de miserias, males y faltas que hemos hecho en hablar, obrar y pensar, y bienes que hemos dejado de hacer; y si algo bueno se ha hecho con el favor de nuestro Señor, hallaremos muy comunmente haberlo nosotros manchado con soberbia ó vanagloria, ó con pereza y negligencia, y con otras muchas faltas que sabemos y otras muchas que no sabemos, pero creemos que las hay? Pues entremos dentro de nosotros, acojámonos al propio conocimiento, mirémonos á los pies; esto es, á la fealdad de nuestras obras, y luego se nos deshará la rueda de la vanidad y soberbia que se levanta en nuestro corazón.

CAPITULO VII.

Del fin é intencion buena que tenemos de tener en las obras.

Ya hemos tratado cómo se han de huir en las obras que hacemos la vanidad y respetos humanos, que es el apartarnos de lo malo: ahora trataremos del fin é intencion que debemos tener en ellas, que es la mayor honra y gloria de Dios. El bienaventurado San Ambrosio (2) trae á este propósito aquello que dicen los naturales del

(1) Verebar omnia opera mea. Job. IX, 48.  
 (2) Ambros. lib. 5, exameron, cap. 18 et lib. de salomone, cap. 2.

águila, que la prueba que hace para conocer sus pollitos, si son legítimos ó adúlterinos, es tomarlos con las uñas y ponerlos así colgados en medio del aire á los rayos del sol, y si le miran de hito en hito sin pestañear, tiénelos por hijos suyos y vuélvelos á su nido, y críalos, y tráeles de comer como á hijos; pero si vé que no pueden mirar al sol de hito en hito, no los tiene por hijos y déjalos caer de allí abajo. Pues en esto se conocerá si nosotros somos hijos verdaderos de Dios, si miramos de hito en hito al verdadero Sol de Justicia, que es Dios, enderezando á él todo lo que hiciéremos, de manera que el fin y blanco de todas nuestras obras sea agrandar y contentar á Dios y hacer en ellas su santísima voluntad. Concuerta muy bien con esto lo que dijo Cristo Nuestro Redentor en el Evangelio: "El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi padre (1)."

De uno de aquellos Padres antiguos se lee (2) que, á cada obra que quería comenzar, estaba primero un poco parado, y preguntado ¿qué hacia? respondió: "mirad, las obras de suyo no valen nada, si no se hacen con buen fin é intencion; y así como el balletero para dar en el blanco está primero un poco parado mirando y asestando á él, así yo antes que haga la buena obra, ordeno y enderezo mi intencion á Dios, que ha de ser el blanco y fin de todas nuestras obras, y eso es lo que estoy haciendo en aquel tiempo que estoy parado." Pues esto es lo que nosotros tenemos de hacer. "Pónme como sello sobre tu corazón (3)." Y así como el balletero, para acertar me-

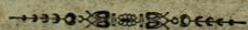
(1) Quicumque enim fecerit voluntatem Patris mei, qui in coelis est, ipse meus frater, et soror, et mater est. Math. XII, 50.  
 (2) In vitis Patrum.  
 (3) Pone me ut signaculum super cor tuum. Cant. VIII, 6.

por al blanco, cierra el ojo izquierdo y solamente mira con el derecho, para que la vista esté mas recogida y no se distraiga y yerre mirando á muchas partes, así nosotros tenemos de cerrar el ojo izquierdo de los respetos humanos y terrenos y abrir solamente el derecho, que es el de la buena y recta intencion, y de esa manera daremos en este blanco, y acertaremos con el Corazón de Dios: "Heriste mi corazón, hermana mia; heriste mi corazón con uno de tus ojos (1)."

Para que hablemos mas claro y descendamos en esto más en particular, digo que tenemos de procurar referir y enderezar actualmente todas nuestras obras á Dios. Y en esto hay mas y menos. Cuanto á lo primero, á la mañana, en levantándonos, tenemos de ofrecer á Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, y pedirle que todo sea para gloria y honra suya, para que después, cuando viniere la vanagloria, podamos responder con verdad: "tarde venís, que ya está dado." Y mas: no nos tenemos de contentar con ofrecer y referir actualmente á Dios, cuando nos levantamos, todo lo que tenemos de hacer aquel día, sino tenemos de procurar acostumbrarnos cuanto pudiéremos á no comenzar cosa que no vaya primero actualmente referida á mayor gloria de Dios. Así como el cantero ó albañil, que fabrica, suele tener la plomada ó regla en la mano, y aplicarla á cada piedra ó ladrillo que asienta; así nosotros cada obra la tenemos de reglar y enderezar con esta regla de la voluntad y mayor gloria de Dios. Y mas: así como no se contenta el oficial con echar la regla ó la plomada una vez al principio, sino que la echa una y otra vez hasta que la piedra está bien acabada

(1) Vulnerasti cor meum, soror mea sponsa; vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum. Cant. IV, 9.

de asentar, así nosotros no nos tenemos de contentar con referir á Dios una vez al principio las obras que hacemos, sino también al tiempo que las hacemos: de tal manera las tenemos de hacer que siempre las estemos ofreciendo á Dios, diciendo: "Señor, por vos hago esto, porque vos me lo mandáis, porque vos así lo quereis."



CAPITULO VIII.

En que se declara cómo haremos las obras con gran rectitud y pureza de intencion.

Para declarar cómo haremos con mas perfeccion y puridad nuestras obras, suelen los maestros de la vida espiritual traer una buena comparacion: así como los matemáticos abstraen de materia, quiero decir, que no hacen caso de la materia, sino que tratan de las cantidades y figuras de los cuerpos, sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata ú otra cualquiera, porque esta no pertenece á ellos, así el siervo de Dios en las obras que hiciere, principalmente ha de poner los ojos en hacer la voluntad de Dios, abstrayendo de toda materia, no mirando si es de oro ó si es de barro; esto es, no mirando si le ponen en este oficio ó en aquel, si le mandan esto ó lo otro, porque no está en eso nuestro aprovechamiento y perfeccion; sino en hacer la voluntad de Dios y buscar su gloria en lo que hiciéremos. El glorioso San Basilio dice esto muy bien, y fundado en la doctrina del Apóstol San Pablo: "Toda la vida y obras del hombre cristiano tienen un blanco y un fin, que es la gloria de Dios; porque ahora comais, ahora bebais, ahora hagais otra cualquier cosa, dice el Apóstol, todo lo habeis de hacer á gloria de Dios (1)."

(1) Victus ac ratio vivendi hominis christiani unum scopum sibi propositum habet: nempe gloriam Dei;

Cuenta el evangelista San Juan que estaba Cristo nuestro Redentor con la Samaritana bien fatigado y cansado del camino, y los discípulos habian ido al pueblo á buscar de comer, que pasaba ya de hora, y viniendo con la comida, dicenle: "Maestro, comed (1)." Responde: "yo tengo otro manjar que comer que vosotros no sabeis (2)." Decian ellos entre sí: "¿Por ventura, hále traído alguno de comer?" "Mi manjar, dice él, es hacer la voluntad de mi Padre que me envió (3)." Pues este ha de ser nuestro manjar en todas las cosas que hiciéremos. Cuando estudiáis, cuando confesáis, cuando leéis y cuando predicáis, no ha de ser vuestro manjar el gusto del saber, estudiar ó predicar, porque eso seria de oro hacer lo; sino vuestro manjar y vuestro gusto y contento ha de ser que estais haciendo la voluntad de Dios, el cual quiere que entonces hagais esas cosas. Y este mismo ha de ser tambien vuestro manjar cuando servís en los oficios de casa. De manera, que el mismo manjar y el mismo entretenimiento tiene el portero y el enfermero que el predicador y el lector. Y asi, tan contento habeis de estar vos en vuestro oficio, como él en el suyo; porque la causa del contento, que es estar haciendo la voluntad de Dios, tan bien la teneis vos como él; porque como buen matemático espiritual, no habeis de parar en la obra material que haceis, sino en que estais haciendo en ella la voluntad de Dios. Y asi siempre habemos de procurar de traer en la boca y en el corazon estas palabras: «Por vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque vos asi lo que-

sive enim cibum capessitis, sive hibitis sive aliquid aliud facitis, omnia ad gloriam Dei facite, inquit in Domino verba faciens Paulus (1 ad Corint. X, 30). Basil. de ingluvie, et ebrietate, orat. 16.

(1) Rabbi manduca. Joann. IV, 51.

(2) Ego cibum habeo manducare, quem vos nescitis. Ib.

(3) ¿Nunquid aliquis attulit ei manducare? Meus cibus est, ut faciam voluntatem ejus, qui misit me. Ib.

reis. Y no habemos de parar en este ejercicio hasta que vengamos á hacer las obras como quien sirve á Dios y no á los hombres, como dice San Pablo (1); y hasta que de tal manera las hagamos, que estemos siempre en ellas actualmente amando á Dios y holgándonos en ellas de que estamos allí haciendo la voluntad de Dios. De suerte, que cuando estuviéremos obrando, mas parezca que estamos amando que obrando.

Trae el P. Maestro Avila una comparacion buena y muy casera, como cuando una madre está labando los pies á su hijo ó marido que viene de camino, que juntamente le está sirviendo y le está amando y gozándose y tomando particular gusto y contentamiento en aquel regalo que le hace (2). ¡Oh, si acertásemos á hacer las obras de esta manera! ¡Oh, si topásemos con este tesoro escondido y en el campo, tan manifesto y patente por una parte, y tan escondido y oculto por otra, cuán espirituales y cuán interiores y aprovechados andaríamos! Esta es la alquimia verdadera y certísima para hacer de cobre y de hierro oro finísimo, porque aunque la obra sea de suyo bajísima, con esto se hace altísima y de grandísimo valor. Pues procuremos de aqui adelante que todo cuanto hiciéremos sea oro finísimo, pues lo podemos hacer tan fácilmente. En el Sancta Sanctorum y templo de Salomon todo era oro ó cubierto de oro (3); asi en nosotros todo ha de ser amor de Dios ó hecho por amor de Dios.

—♦♦♦♦♦—  
CAPITULO IX.

Que la causa de hallarnos algunas veces distraidos y desaprovechados, no son las ocupaciones exteriores, sino el no hacerlas como debemos.

De lo dicho se entenderá que la causa

(1) Servientes sicut Domino, et non hominibus. Ad Eph. VI, 7.

(2) Trat. 6, c. 4; et Trat. 8, c. 4.

(3) III Reg. VI, 19 et 24.

de hallarnos algunas veces distraidos y desmedrados con las ocupaciones exteriores, no está en las ocupaciones, sino en nosotros, que no sabemos aprovecharnos de ellas ni hacerlas como debemos. Y asi, no eche nadie la culpa á las ocupaciones que tiene, sino á sí que no se sabe aprovechar de ellas. Quebrad la nuez, que no se come lo de fuera, sino lo de dentro. Si os parais en lo exterior de la obra y en esa corteza de fuera, eso quebrantarais el cuerpo y secarais el espíritu. Lo de dentro, el tuétano, que es la voluntad de Dios, ese ha de ser vuestro manjar. Pues quebrad con los dientes de la consideracion esa cáscara, y dejad esa corteza de fuera, y pasad á la medula, como aquella águila grande de Ezequiel (1), que entró y sacó la medula del cedro, no parando en la corteza. "Yo os ofreceré, Señor, unos sacrificios de medula, ó la medula de los sacrificios (2)." Eso es en lo que habeis de parar y ofrecer á Dios, y de esa manera medrará y crecerá vuestra alma. Marta y Maria hermanas son, no estorbán ni impide la una á la otra, antes se ayudan. La oracion ayuda á hacer bien la accion; y la accion, hecha como se debe, ayuda á la oracion, como buenas hermanas. Y si vos os sentís turbado y desasosegado en la accion, es porque no os ayuda Maria, que es la oracion. "Marta, Marta, sollicita andas y te turbas en muchas cosas (3);" túrbase Marta, porque no le ayuda su hermana Maria: procurad vos que os ayude Maria, que es la oracion, y vereis cómo cesa la turbacion (4). De aquellos santos animales de Ezequiel se dice (5) que tenia cada uno la mano debajo del ala, para dar á entender que los varones espirituales traen

la mano del obrar debajo del ala de la contemplacion, sin apartar lo uno de lo otro; porque obrando contemplan, y contemplando obran. Y asi dice Casiano de aquellos monges de Egipto que, estando trabajando con las manos, no dejaban por eso de contemplar en Dios, haciendo con las manos el oficio de Marta y con el corazon el de Maria. San Bernardo dice esto muy bien: «Los que tratan de espíritu y de oracion tienen mucho cuidado de ocuparse de tal manera en los oficios y ocupaciones exteriores, que no se ahogue el espíritu ni se apague la devocion. Y asi, aunque el cuerpo trabaje y se fatigue, procuran que el alma tenga tambien allí su refeccion espiritual (1).» De manera, que no impiden las ocupaciones exteriores el recogimiento y devocion interior, antes ayudan porque no ocupan el entendimiento, sino déjanle desembarazado para que pueda pensar en Dios. Y asi decia un P. muy antiguo y muy espiritual (2), que á dos géneros de personas tenia él gran envidia acá en la Religion: á los novicios, porque no atienden ni vacan á otra cosa sino á su aprovechamiento; y á los hermanos legos, porque tienen desocupado y desembarazado el entendimiento para poder andar todo el dia en oracion.

Cuenta San Juan Climaco (3), que halló en un monasterio un cocinero que tenia mucha ocupacion, porque era grande el número de los religiosos (dice que eran doscientos y treinta, fuera de los huéspedes), y en medio de todas sus ocupaciones tenia un recogimiento interior muy grande, y ultra de esto habia alcanzado don de lágrimas. Y maravillado San Juan Climaco, pre-

(1) Hoc maxime curant spiritualibus exercitationibus dediti, taliter se circa exteriora occupare, ut devotionis spiritum non extinguant: unde, licet extrinsecus bonorum operum exercitiis fatigentur in corpore, intrinsecus tamen reficiantur in mente. Bernard. Serm. ad Solitarios.

(2) P. M. Nadal.

(3) S. Juan Climaco, c. 4.

guntóle cómo con tan grande y tan perpétua ocupacion habia alcanzado esto. Y al fin importunado respondió: «nunca pensé que servia á hombres, sino á Dios, y siempre me tuve por indigno de quietud y reposo; y la vista de este fuego material me hace siempre llorar y pensar en la acerbidad del fuego eterno.» Y de Santa Catalina de Sena se cuenta en su vida que la perseguian mucho sus padres, y le daban mucho trabajo porque se casase; y llegó á tanto la persecucion, que mandaron que no tuviese lugar apartado ni celda en que se recoger, y ocupáronla en los oficios de casa: quitaron de la cocina á una esclava que tenian, y pusieronla á ella en su lugar, para que así no tuviese tiempo para orar ni para los demas ejercicios espirituales. Pero ella enseñada por el Espíritu Santo, dice su historia, que fabricó allá dentro de su corazon una muy secreta celda espiritual, y propuso en sí de nunca jamás salir de ella: así lo hizo. De manera, que en la primera celda que antes tenia algunas veces estaba dentro de ella, otras fuera; pero de estotra santa celda espiritual, que ella dentro de sí habia fabricado, nunca salia: aquella celda primera quitáronse, esta segunda ninguno se la podia quitar. Imaginaba dentro de sí que su padre representaba á Jesucristo, y su madre á nuestra Señora, y sus hermanos y la otra familia á los Apóstoles y Discípulos del Señor. Y así andaba con grande alegría y diligencia, porque estando en la cocina y andando sirviendo, siempre pensaba en su esposo Jesucristo, al cual hacia cuenta que servia: siempre gozaba de la presencia de Dios y se estaba con él en el Sancta Sanctorum. Y así decia ella muchas veces á su confesor, cuando él tenia algunas ocupaciones exteriores y temporales, ó habia de ir á algun camino: «Padre, haced dentro de vos una celda de la cual nunca salgais.» Pues hagámoslo nosotros

asi y no nos distraerán los oficios y ocupaciones exteriores, antes nos ayudarán para andar siempre en oracion.



CAPITULO X.

Del bien y ganancia grande que hay en hacer las obras de la manera que habemos dicho.

Las obras hechas al modo dicho, se dicen obras llenas; y los que viven de esa manera, segun San Gerónimo (1) y San Gregorio (2), se dicen en la Sagrada Escritura vivir dias llenos y estar llenos de dias; y esto, aunque hayan vivido poco tiempo y mueran de poca edad, conforme á aquello del Sábio: «Habiendo vivido poco, llenó muchos años (3).» ¿Cómo puede ser en poco tiempo vivir uno mucho y cumplir muchos años? ¿Sabeis cómo? Haciendo obras llenas y viviendo dias llenos: «Hallaránse en ellos dias llenos (4).» Este segundo lugar declara el primero; desde la mañana hasta la noche y desde la noche hasta la mañana vive el buen religioso y el siervo de Dios un dia lleno de veinticuatro horas, porque todo le emplea en hacer la voluntad de Dios (5). El mismo comer, el descansar, el tomar el sueño necesario, no son obras vacías para él, sino todas las endereza y refiere para mayor honra y gloria de Dios; y las está haciendo, porque es voluntad de Dios que las haga; no come por el gusto como las bestias, ni busca su contento y recreacion en esas cosas, antes quisiera el poder pasar sin nada de eso, si el Señor fuera servido. «¡Oh Señor! ¡quién se pudiera pasar sin comer y sin dormir y sin estas recreaciones y entre-

(1) Hieron. super illud Isai. cap. XXXVIII, 40. Ego dixi in dimidio dierum meorum.  
 (2) Greg. lib. 35. Moral. cap. XV. sup. illud. Job. 42. mortuus est senex, et plenus dierum.  
 (3) Consummatus in brevi explevit tempora multa. Sap. IV, 13.  
 (4) Et dies pleni inveniuntur in eis. Ps. LXXII, 10.  
 (5) Eutimius: pleni operibus virtutum. Sic etiam glossa.

tenimientos! ¡Oh! ¡quién pudiera, Señor, estaros siempre amando, y no tuviera necesidad de acudir á estas miserias del cuerpo! Libradme, Señor, de estas necesidades y miserias para que siempre os esté amando, para que siempre esté ocupado en vos (1).»

Ya veo que no es ese estado de esta vida; mas llévalo eso el justo en paciencia, pero no sin dolor. Sino díganoslo el Santo Job y el Real Profeta David, cómo pasaban por esas cosas: el uno dice, que suspiraba antes de comer (2): el otro, que mezclaba su bebida con lágrimas (3) y que cuando se iba á acostar regaba tambien su cama con ellas (4). Así lo habiamos nosotros de hacer, derramando lágrimas de nuestros ojos cuando nos vamos á acostar: ¡ah, Señor, que tengo yo de estar aqui tanto tiempo sin acordarme de vos! ¡Ay de mí! ¿y cuánto ha de durar este cautiverio? ¿Cuándo me alzaréis, Señor, este destierro? ¿Cuándo me quitareis esta servidumbre (5)? ¿Cuándo me sacareis, Señor, de la cárcel de este cuerpo, para que me pueda dar del todo á vos (6)? ¡Oh! ¡cuándo será! ¡Oh! ¡cómo se tarda ya aquella hora! Estas son obras llenas y dias llenos. De esta manera en breve tiempo vive el justo mucho, y pocos dias de vida son muchos años de merecimiento. Pero el que no ha obrado bien, ni ha gastado, ni empleado bien los dias de su vida, aunque haya vivido mucho tiempo y tenga muchos años, se dice (7) que muere vacío de dias; porque ha dejado pasar los dias y los años en valde (8), y puede decir que sus

años son pocos y malos (1). Sobre aquellas palabras de Isaias que dijo el rey Ezequias convaleciendo de su enfermedad: «Yo dije, en medio de mis dias entraré por las puertas del infierno (2);» nota San Gerónimo, que los Santos y justos cumplen sus dias, como fué un Abraham, del cual dice la Escritura que murió lleno de dias y en buena vejez (3); pero los malos siempre mueren en la mitad de sus dias y aun no llegan á eso, conforme á aquello del Profeta: «Los hombres sangrientos y traidores no llegarán á la mitad de sus dias (4),» porque han dejado pasar los años en valde. Y así llama la Sagrada Escritura al pecador de cien años: Niño de cien años; y dice, que será maldito este tal: «El niño de cien años morirá, y el pecador de cien años será maldito (5),» porque no ha vivido como hombre, sino como niño. De aqui es, que á los malos siempre los coge la muerte en agraz, sin estar maduros ni sazonados. Y así dicen cuando viene, ¡oh! ¡quién tuviera siquiera otro año de vida para hacer penitencia! De la misma manera acontece á los religiosos tibios y flojos que, aunque tengan muchos años de hábito, tendrán pocos dias de Religion.

En la Crónicas de San Francisco (6) se cuenta de uno de aquellos santos religiosos que le preguntó otro cuánto tiempo habia que era fraile; él respondió que ni un solo punto; el otro no lo entendió, y estrañó mucho la respuesta; entonces dijole el siervo de Dios: «bien sé yo que ha sesenta y

(1) De necessitatibus meis erue me. Ps. XXIV, 17.  
 (2) Ante quam comedam, suspiro. Job. III, 24.  
 (3) Potum meum cum fletu miscebam. Ps. CI, 10.  
 (4) Lavabo per singulas noctes lectum meum, lacrymis meis stratum meum rigabo. Psal. VI, 7.  
 (5) Heu mihi quia incolatus meus prolongatus est. Ps. CXIX, 5.  
 (6) Educ de custodia animam meam. Ps. CXLI, 8.  
 (7) Habui menses vacuos. Job. VIII, 3.  
 (8) Greg. lib. 35. Moral. cap. 13.

(1) Parvi et mali. Gen. XLVII, 9.  
 (2) Ego dixi in dimidio dierum meorum, vadam ad portas inferi. Isaias XXXVIII, 10.  
 (3) Mortuus est in senectute bona, et plenus dierum. Gen. XXV, 8.  
 (4) Viri sanguinum, et dolosi non dimidiabunt dies suos. Ps. LIV, 24.  
 (5) Quoniam puer centum annorum morietur, et peccator centum annorum maledictus erit. Isaias. LXV, 20.  
 (6) 3. p. l. 8. c. 27 hist. Min. de F. Gerardo de Florença, fraile laico.

cinco años que traigo el hábito de fraile menor; mas cuánto tiempo he sido fraile con las obras yo no lo sé. ¡Plega al Señor, que no pueda ninguno de nosotros decir con verdad lo que aquel Santo dijo por humildad! No está el negocio en muchos años de Religion, ni en larga vida, sino en buena vida. «Muchos cuentan los años de su conversion y muchas veces es poco el fruto de la enmienda,» dice aquel Santo (1). Mas valen pocos dias de buena vida, que muchos de una vida tibia y floja: porque delante de Dios no se cuentan los años de vida, sino los años de buena vida; ni los años de Religion, sino los que uno ha vivido como buen religioso. Tenemos de esto un ejemplo muy bueno en la Sagrada Escritura. En el primero libro de los Reyes se dice, que reinó Saul sobre Israel dos años. «Niño de un año era Saul cuando empezó á reinar y reinó dos años en Israel (2).» Y es cosa cierta que fué rey cuarenta años, porque lo dice San Pablo en los Actos de los Apóstoles: «Despues pidieron rey, y dióles Dios á Saul, hijo de Cis, que era de la tribu de Benjamin, cuarenta años (3).» ¿Pues cómo en las historias y Crónicas de los Reyes de Israel se dice solamente que reinó dos años? La razon es porque en los anales y crónicas de Dios no se cuentan sino los años que vivió bien; y asi dice que reinó dos años, porque esos reinó como buen rey. Y en el Sagrado Evangelio, los que fueron á trabajar á la viña á la postre, con una sola hora que trabajaron fueron preferidos á los que habian ido desde la mañana (4), porque en aquella hora merecieron tanto ó mas que

(1) Thomas de Kempis.  
 (2) Filius unius anni erat Saul cum regnare coepisset, duobus autem annis regnavit super Israel. I. Reg. XIII, 1.  
 (3) Et exiit postulaverunt regem, et dedit illi Deus Saul filium Cis virum de tribu de Benjamin, annis quadraginta. Act. XIII, 21.  
 (4) Matth. XX, 8.

los otros en todo el dia (1). Pues regios por esta cuenta y mirad por aqui lo que habeis vivido de esa manera en la Religion.

Todo esto dice muy bien San Eusebio Emiseno: «Solemós contar los tiempos y los años que habemos estado en la Religion; pero no os engañe, cualquiera que seais, el número de los dias que con el cuerpo dejastes el mundo; aquel solo dia habeis de hacer cuenta que habeis estado en la Religion, en el cual habeis tratado de mortificar vuestra voluntad y resistir á vuestras pasiones y apetitos, y en que habeis guardado bien vuestras reglas y tenido bien vuestra oracion y vuestros ejercicios espirituales (2).» Pues haced de esos dias años, si podeis, y medid por ahí el tiempo que habeis sido religioso; y temed no se os diga á vos lo que se dice en el Apocalipsi al obispo de la Iglesia de Sardo. Bien sé yo vuestras obras, dice Dios; aunque los hombres no las saben, yo bien las sé. Teneis nombre de vivo y estais muerto; teneis nombre de cristiano y no teneis obras de cristiano; teneis nombre de religioso y no teneis obras de religioso: no conueordan vuestras obras con el nombre que teneis, porque vuestras obras no son llenas, sino vanas y vacias. No están llenas de Dios, sino vacias de Dios y llenas de vos. Todo es buscaros á vos mismo en ellas, vuestras comodidades, vuestra honra y estimacion. Pues velemos sobre nosotros (3). Procuremos que nuestras obras sean llenas y que nuestros

(1) Hieron.; Greg.; et glosa, ib.  
 (2) Solemus annos nostros, et temporum spatia, quibus nunc vivimus supputare; non te fallat quicumque ille es numerus dierum, quos hic, relicto corporaliter saeculo, consumpsisti; illum tantum diem vixisse te computa, in quo voluntates proprias abuegasti, in quo malis desideris restitisti, quem sine ulla regulae transgressione duxisti; illum diem vixisse te computa, qui puritatis, et sanctae meditationis habuit lucem. Euseb. Em. H. m. IX, ad Monachos.  
 (3) Angelo Ecclesiae Sardis scribe; scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es: esto vigilans, non enim invenio opera tua plena coram Deo meo. Apoc. III, 1.

dias sean llenos, para que asi en poco tiempo vivamos mucho y merezcamos mucho delante de Dios.

CAPITULO XI.

Declárase mas la rectitud y puridad de intencion que habemos de tener en nuestras obras.

Un aviso muy bueno se suele dar á los que tratan con prójimos, de cómo se han de haber en las obras y ministerios que hacen, con que se declara mucho que tan pura ha de ser nuestra intencion en las obras, y cuán desnuda y sencillamente habemos de buscar á Dios en ellas; y es doctrina de los gloriosos Padres y doctores de la Iglesia, Gerónimo, Gregorio y Crisóstomo, como veremos. Cuando poneis la mano en alguna obra á fin que de ella resulte algun provecho general ó particular de los prójimos, no pongais principalmente los ojos en el fruto y buen suceso de la obra, sino en hacer en ella la voluntad de Dios. De manera, que cuando confesamos, cuando predicamos, cuando leemos, no habemos de poner principalmente los ojos en si se convierten ó enmiendan y aprovechan aquellos con quien tratamos, ó á quien confesamos ó predicamos, sino en hacer en aquella obra la voluntad de Dios, y en hacerla lo mejor que pudiéremos, para agradar á Dios. El suceso de la tal obra, que el otro se enmiende y saque fruto del sermón con efecto, eso no nos toca á nosotros, sino á Dios: Plantar y regar, dice el Apóstol (1), esto es lo que podemos nosotros como el hortelano; pero el crecer de las plantas, el dar fruto los árboles; eso no lo hace el hortelano, sino Dios. El fruto de las almas, el que salgan de pecado, y se conviertan y crezcan en virtud y perfeccion, eso está á cuenta de Dios. El valor y perfeccion de nuestra obra

(1) Ego plantavi, Apollo rigavit, sed Deus incrementum dedit. I ad Cor. III, 6.

no depende de eso. Pues esta puridad de intencion habemos nosotros de procurar tener en las obras, y de esta manera será nuestra intencion muy pura y gozaremos de grande paz. Porque el que de esta manera se ha en las obras, no se turba cuando por alguna via se le impide ó imposibilita el suceso y fruto que pretendia en la buena obra; porque no pone él en eso su fin y su contento, sino en hacer en ella la voluntad de Dios y en hacerla lo mejor que puede para agradar á Dios. Pero si vos, cuando predicais, confesais ó negociais, vais muy casado con el provecho y fruto de esa buena obra y poneis en eso vuestro fin principal, entonces, si por alguna via se impidiere el efecto de vuestro deseo, turbaros heis, y vendreis á perder algunas veces, no solamente la paz del corazon, mas tambien la paciencia y aun mas adelante.

Declaraba esto nuestro bienaventurado Padre S. Ignacio con un ejemplo ó comparacion muy buena. ¿Sabeis, dice (1), cómo nos habemos nosotros de haber en los ministerios con nuestros prójimos? Como se han los ángeles de Guarda con aquellos que de mano de Dios reciben á su cargo, que cuanto pueden los avisan, defienden, rigen, alumbran, mueven y ayudan para lo bueno; mas si ellos usan mal de su libertad, y se hacen rebeldes y obstinados, no por eso se congojan ni entristecen los ángeles, ni reciben pena, ni pierden un punto de la bienaventuranza que tienen gozando de Dios: antes dicen aquello de Jeremias: «Curamos á Babilonia, y no ha sanado, dejémosla (2).» Asi nosotros habemos de poner todos los medios posibles para sacar de pecado á nuestros prójimos y para aprovecharlos, y despues que hubiéremos hecho con diligencia nuestro deber, habemos de que-

(1) Lib. 5. c. 2. vitae. P. N. Ignat.  
 (2) Curabimus Babilonem, et non est sanata, derelinquamus eam. Jerem. LI, 9.